

Datos para la historia de Pedro Abad

Copia de un manuscrito antiguo que se halló en
la Ermita del Santísimo Cristo de dicha villa

Con la confianza que tenía a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre decidió el Santo Rey Don Fernando proseguir la guerra contra los enemigos de la Religión y no descansar hasta reponer el Estandarte de la Fe en las torres de Córdoba. Se hallaba en León donde reunió los más de los habitantes de Castilla y Galicia, hizo un famoso y lucido ejército. Les acompañó toda la nobleza, los R. R. Obispos y las personas de más ciencia y virtud que con la esperanza de contribuir a tal triunfo todos se prestaban con la mayor voluntad. El Santo Rey quiso viniesen muchos Sacerdotes y señaló a cada Región el suyo para que dijesen misas y les favorecieran en lo espiritual. Con este motivo se ofrecieron en particular Sacerdotes de las nuevas Religiones aprobadas por la Silla Apostólica, y cuyos fundadores fueron canonizados por el Papa Gregorio Nono. El uno era Santo Domingo de Guzmán, natural de Calahorra en Castilla, quien divulgó y propagó el Santo Rosario, y desterró de Francia a los herejes albigenses. El otro fué San Francisco de Asís, varón grande en poder y milagros a quien el Señor imprimió sus Santas llagas. Se tomó la marcha a jornadas dobles para la Andalucía. Llegaron a Andújar y el Santo Rey mandó fortificar estas y otras plazas para impedir los asaltos de los moros de Granada.

Se ganó el castillo llamado en el día La Aragonesa; después a Montoro, a pesar de su fortaleza y situación. Puesto el ejército en dos Divisiones, la una giró por la parte de la Sierra, y otra para la campiña, aquella la comandaba el Adalid don Domingo Muñoz, Alcayde de Andújar y la acompañaban los caballeros D. Gil Gómez, D. Diego Jiménez, D. Pedro Méndez, D. Gutiérrez Fernández, quien se halló en la conquista de Baeza, y otros muchos nobles e hijosdalgos. En la campiña iba de Comandante don Lope Sánchez, Camarero mayor del Santo Rey, Payo Méndez el de Galicia, don Juan Pérez, don Pedro Fernández, don Rodrigo González, don Pedro Ponce de Cabrera, que era Conde, don Alonso Téllez de Henares. Don Pedro Ponce era cuñado del Santo Rey. y a quien se le señalaron muchas tierras después de la conquista de Córdoba. Tenía cuatro hijos valerosos que le acompañaban, llamados don Fernando, don Juan, don Rodrigo y don Pedro.

En Andújar dejó el Santo Rey una imagen del Santo Cristo crucificado, a quien se le dió título del Señor de las Batallas, y se colocó en la iglesia que había sido Mezquita de los moros y tenía el título de Santa Marina. Entre el ejército venían otras imágenes del Señor y de su Madre Santísima y en particular un Señor Crucificado muy milagroso procedente de Galicia, y propio de un Sacerdote llamado el Abad Pedro Meneses, cuyo Señor obró un milagro en lo más escabroso de la sierra pasado el puerto de Calatrava, el cual fué: que habiendo anochecido en aquel paraje, ser la noche tenebrosa y los guías perder el camino, llegó el ejército a unos sitios de mucha espesura de monte y por todas partes despeñaderos sin hallar salida por parte alguna. Don Rodrigo González, pariente del Santo Clérigo, manifestó al Santo Rey lo milagroso de este Señor y al instante dispuso que la acémila que conducía a este Señor, en un cajón, se pusiese delante y siguiera el ejército sus pasos. En efecto, así fué, y a poco rato de caminar llegó a un llano y lugar espacioso donde se paró el ejército y descansó hasta la mañana, sin haber ocurrido novedad alguna. Por dicha causa mandó el Rey se pusiese en el altar, se dijese misa y se cantase el *Te Deum* en acción de gracias. En los días que permaneció en Andújar, estuvo este Señor de manifiesto y todos los ejércitos le tomaron la mayor devoción y confianza.

Volvamos a nuestra marcha. El Abad Pedro era Capellán de la Región que comandaba don Rodrigo González, y una de las pertenecientes a la campiña. Llegó a un llano no muy lejos del río Betis, dando vista a un despoblado lugar que en lengua árabe decían Alcorrucén. Se veían muchas ruínas de fortalezas y parecía como barrio de una ciudad que a la antigüedad se nombraba Rocha Fria, según se dice de la historia del Cid Campeador, quien sirviendo a don Sancho, Rey de Castilla, muerto por la traición de Bellidolfo en las murallas de Zamora, y su hermano don Alonso lo envió con mucha gente de armas a socorrer al Rey de Córdoba y Sevilla, quienes pagaban tributo al de Castilla y con quien tenían paz, y guerra con el de Granada y a su regreso yendo victorioso y con muchas riquezas a Castilla contándole al Rey su jornada y los descubrimientos que había hecho en el Betis, manifiesta pasó este río por el vado de las Estacas, dejando a un lado las ruinas de la ciudad de Rochafria que le dijeron los naturales haberlo conocido siempre así, por haberse arruinado en un terremoto en tiempos de los Romanos y antes de los Godos, quedando solamente aquel barrio por estar fuera de la muralla y a quien los moros le dijeron Alcorrucén. El Abad Pedro de Meneses era natural de un lugar de Campo Becerro, en Galicia, Obispado de Orense, a cuya ciudad lo destinó el señor Obispo por ser hombre de ciencias y loables costumbres, de Abad de la parroquia de Santa María de Guadalmil de la Mamá, que también

se dice San Cipriano de la Mama, en la feligresía de Josín en el mismo Obispado y por cuya causa llevó consigo esta imagen de Jesucristo que había heredado de sus mayores y la colocó en la iglesia con el título de los Desamparados, hizo allí muchos milagros y era la devoción de todos aquellos pueblos. Estuvo de Abad en dicha parroquia ocho años.

Por mandato del Santo Rey pasó a aquel Obispado a alistar gente, don Rodrigo González y don Fernando y don Pedro, hijos del Conde, don Pedro Cabrera Ponce, para la conquista de Andalucía, ofreciendo muchos dones, y llegando a dicho pueblo se avistaron con el Abad Pedro y dándose a conocer por parientes y deudos inmediatos le suplicaron les acompañase en su expedición y le tendrían en su Región por su Capellán. Se resistió mucho conociendo el sentimiento de sus feligreses que le amaban con extremo, el que causaría al Obispo que le tenía destinado. Más ellos empeñados sacaron licencia del Obispo con mucho sentimiento de él y de sus feligreses con cuyo motivo trató de traer consigo su Crucifijo cuya determinación fué más dolorosa en parte a sus feligreses que su ausencia por los muchos milagros que hacía y por la mucha devoción que ya le profesaban. Le acomodaron en un cajón y todos en unión llegaron a Toledo, donde esperaron la llegada del Santo Rey, el que habiendo entendido este caso se alegró sinceramente. Este traía otro Santo Crucifijo y una imagen de María Santísima, para colocarlas en las fortalezas de su gusto; cuando el Abad Pedro emprendió su marcha era de 38 años y por lo tanto a los 30 fué destinado a su parroquia. Salido el ejército para las Andalucías muy gustoso y con disposición de servir a Dios en esta guerra y destrozár a sus enemigos, ocurrió el milagro referido a la salida del Puerto de Calatrava, con cuyo prodigio todos acudían a sus necesidades y todos eran socorridos.

Llegados a la vista del río y Alcorrucen, donde había poca fortaleza y poca vecindad de moros, estos luego que lo entendieron, huyeron dejando aquello solo. unos a refugiarse a Córdoba, y otros pasando el río, a una fortaleza y Castillo que en lengua arábica decía Algallarin. Esta fortaleza se hallaba ya al frente del ejército cristiano, su Alcayde muy soberbio y valiente llamado Mahoma Abodalí, por cuyo motivo hacían algún daño a los ejércitos que se hallaban en la parte opuesta del río. Sosegadas las lluvias del mes de Abril que fueron copiosas, bajó el río de modo que ya pudo vadearse, y de orden del Santo Rey marchó un batallón y por su capitán don Tello, quien con la ayuda del Señor conquistó el Castillo, dejando prisioneros a todos excepto a su Alcayde, quien se arrojó desde lo alto de la fortaleza. Sucedió esta acción el día primero de Mayo, día de los Apóstoles San Felipe y Santiago, cuya victoria fué de mucho placer para todo el Ejército por el

daño que hacían, y por el temor que causó a los demás moros de las otras fortalezas. El Santo Rey hizo purificar la Mezquita que era pequeña, se bendijo y se le dió la advocación de Santiago el Menor, porque echadas suertes entre los Apóstoles cayó al hermano del Señor.

Le puso guarnición y su Alcayde lo fué Alvar Fañez de Cárdenas. Este era de Simancas, en Castilla; en este mes de Mayo se tomó otra fortaleza muy fuerte a una legua de distancia, llamada El Carpio. Luego el Santo Rey mandó suspender todas las operaciones del ejército hasta correr toda la campiña y dejar por suyos todos los Castillos y Fortalezas. A las tres leguas no cabales, se hallaba uno de los más fuertes y el más grande de la campiña. Tenía tres torres, muy buenas murallas y se llamaba en morisco Borcialauze. Su Alcayde viéndose cercado se entregó con su guarnición, y sucesivamente en aquel verano fueron destrozados los moros quedando en poder de los cristianos, después de Andújar, la fortaleza de Arjona, Torre Alcázar, Lopera, Porcuna, Martos, Lupión, Torre Virgenes, hoy Torre Paerones, Abolafia, Teva, Villavarta, hoy, Villaverde, Montoro, Marmolejo, Algallarín, Carpio, Borcialauze, y otros que después de la toma de Córdoba, se mandaron despojar por no haber gente para sus guarniciones. Este otoño fué muy seco y no llovió hasta Diciembre, con cuyo motivo mandó el Santo Rey marcharse el ejército para Córdoba, en virtud de hallarse desembarazada la mayor parte de la campiña de moros, con cuyo motivo mandó que en este lugar hoy Pedro Abad, quedase un batallón o cuartel que, sirviere como de enfermería para los enfermos y como desahogo para todo el ejército, puesto que este se hallaba a las dos o tres leguas. Así se hizo de modo que el ejército pasó el río por el Puente de Alcolea y en un llano más allá se estableció el campamento. Los moros salieron de Córdoba y establecieron el suyo a tres cuartos de legua de esta Ciudad, en un punto alto, en el día llamado Cuesta de la Lancha. Establecidas así las fuerzas hubo varios choques y encuentros. Pero el Santo Rey no quiso empeñar ninguno, sino que ellos o se entregaren o se disolviesen, por no perder gente en este empeño; con motivo de las lluvias del invierno cayeron muchos malos y los traían al Cuartelejo para curarse; por lo tanto destinó el Santo Rey a don Rodrigo González, quedase de Capitán de aquel Cuartel con gente de guerra para su defensa, por no tener allí ni Castillo ni muralla. Con esto suplicó al Rey se quedase allí el Abad Pedro Meneses, su pariente, con el Santo Crucifijo en su tienda y tener allí refugio para decir misa, y fortalecer a los enfermos con los Sacramentos, todo lo cual se concedió.

Con madera y otros leños se formó una capilla al Señor, se hizo un altar donde se colocó a dicho Señor juntamente con los Sacramentos y todo al

cuidado del Abad Pedro, quien cuidaba de todo con el mayor esmero, se puso lámpara que alumbrara a tan milagrosa imagen, con cuyo aceite untándose sus heridas y sus dolencias quedaban sanos los enfermos. Con cuyo motivo todos con la mayor ansia se encomendaban a la Imagen y todos eran favorecidos, siendo muy corto el número de los que morían. Entró el año de treinta y seis y en Enero vino muy malo con un golpe de lanza en un brazo don Juan, hijo del Conde don Pedro Ponce, en una refriega que tuvo con otros, con cincuenta moros, se encomendó al Señor y amaneció bueno, por cuyo beneficio dió para su culto mil maravedíes. La Capilla se llenó de presentes y de milagros porque todos los soldados acudían al Señor en sus aflicciones y todos eran consolados. Le dió orden al Alcayde de Algallarín para que estuviese a la Misa de este Cuartelejo para su socorro. En este tiempo se guarnecieron los Castillos de la campiña que presentaban alguna fortaleza, y los que no, se demolieron para que los moros no pudieran aprovecharse de ellos. Poco a poco fué adelantando el ejército hacia el Montón de la tierra que se dice, cuya memoria será eterna.

Los moros no desampararon el Puerto o alturas que va referida, teniendo muchos encuentros hasta que les precisó ir perdiendo su terreno. Llegó el invierno en el cual el ejército padeció muchos contratiempos y necesidades por falta de víveres que se conducían de Castilla, de León, como así mismo los refuerzos o reemplazos, y más adelante se manifestará en la idea del Montón de la tierra, quien la dió, quien trazó o hizo la cal, artesones y demás; y sigamos la narración del Santo Crucifijo. Llegado Mayo determinó el Santo Rey formar dos brazos para llamar más la atención de los moros; el uno marchó en dirección para Córdoba y el otro por la Sierra dando una muy grande vuelta, de modo que los moros pensaron que era retirarse el ejército. Más estos se dirigieron a unos campos llamados Arabiana (aquí dejó el Santo Rey la Imagen que se dice de Linares) de modo que unos por la Sierra y otros por la campiña vinieron sobre Córdoba; los moros que notaron este cerco se intimidaron de tal modo que sólo trataron de defender la Ciudad, mandando la columna de la Sierra el Santo Rey, y su camarero, como va dicho, la de la campiña. En fin, después de varios choques se conquistó la Ciudad, día de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo. Fué este día para el Santo Rey y para todos los cristianos del mayor placer y regocijo, se cantó el Te Deum en acción de gracias, las banderas se colocaron en las murallas con la Santa Cruz, por las calles se alababa el Santo Nombre de Dios, se bendijo y consagró de nuevo la Mezquita Mayor que hoy día es la Catedral, entendiendo que esta Mezquita había sido consagrada en Iglesia Católica en el tiempo del Rey Alfonso llamado el Emperador, el que conquistando di-

cha Ciudad en el año de mil ciento cuarenta y seis, volviéndose para Castilla la dejó bajo su obediencia y juramentado su general moro a estar sujeto a sus órdenes, lo que no cumplió, faltando a su juramento y condiciones establecidas, por cuya causa volvió la Ciudad al dominio de los mahometanos, profanaron su Iglesia y volvió a ser Mezquita hasta esta ocasión, que de resultas de la victoriosa batalla de las Navas de Tolosa, año de mil doscientos doce, quedaron los moros muy temerosos y abrió la puerta a la conquista de Andalucía, quedando en poder del ejército las plazas de Vilches, Bailén, Linares, Salvatierra, Baeza, Ubeda, Andújar, Martos, con otras muchas que van referidas.

Fué consagrada la dicha Mezquita por D. Juan, Obispo de Osma, por ausencia del Sr. Arzobispo D. Rodrigo, que se hallaba a la sazón en Roma. Se le dió el nombre de la Asunción de María Santísima, asistieron los señores Obispos D. Gonzalo que lo era de Cuenca, D. Domingo de Baeza, D. Adán de Plasencia y D. Sancho de Coria. La primera misa la celebró el Ilustrísimo D. Juan, y predicó.

La mayor parte del verano se pasó arreglando todas las cosas, ya repartiendo tierras a los Conquistadores, ya dando premios y abriendo Monasterios. A los Religiosos Franciscanos se les fundó uno, con título de San Pedro Real y a los Dominicos otro con el de San Pablo, por haberse ganado la Ciudad en su día. Se hicieron también algunas parroquias.

Entrando el año de treinta y siete ya se había arbitrado en esta Ciudad de hospital para enfermos, con cuyo medio y ser preciso reunir los enfermos del Cuartelejo, para su mayor seguridad, mandó el Santo Rey a D. Pedro Cabrera Ponce, a D. Tello, a Pedro Muñoz, Martín Ruiz Argote y otros que viniesen a el dicho Cuartelejo y tanto los enfermos como los soldados inválidos, como los caballos y demás del ejército se condujesen a Córdoba, no olvidándose del Santo Crucifijo del Abad Meneses. Así se hizo y recogiendo cuanto fué posible se colocaron en un carro los cajones de los ornamentos y alhajas que había en la Capilla, y juntamente el cajón donde se conducía el Crucifijo. La marcha se emprendió de noche por el mucho calor que hacía.

El Abad Pedro se empeñó con sus parientes don Pedro Cabrera para con el Rey, con el objeto que lo dejara en Córdoba y que le señalase capilla a su Santo Crucifijo, ya fuere en la Catedral o parroquia que le gustare al Rey; pues quería estar con el Señor y tributarle el culto debido, y no tratar de regresar a Galicia por haberse adaptado más al país andaluz, lo cual se lo prometió el don Pedro.

A la madrugada llegaron a Córdoba y dirigidos a la casa de su habitación se descargó el carro y por entonces nada se advirtió ni se echó de menos.

Descansaron algún rato y entrada bien la mañana, deseando todos ver la santa Imagen trataron de buscar el cajón, y hallados todos menos el Señor, todos quedaron como asombrados. La pena del Abad fué muy grande, sus lágrimas y lamentos fueron estremados y todos convenían que el cajón se había colocado bien y seguro en el carro, y no haber notado en toda la marcha trastorno alguno; pero temiendo que con los vaivenes del carro, lo oscuro de la noche



Vista panorámica de Pedro Abad, tomada desde la torre del Santo Cristo.
(Foto F. García)

y venir encima de los demás, porque no peligrase la Santa Imagen, se hubiese caído en el camino, dispusieron salir a buscarlo más de cuarenta hombres, por si los moros que andaban errantes lo hubiesen hallado y cometiesen algún desacato. El Abad Pedro les acompañaba y con su sentimiento ni comió, ni bebió, ni descansó en todo el camino, en el cual nada hallaron y con su afán insensiblemente llegaron a Cuartelejo y en la misma Capilla hallaron el dicho cajón; fué imponderable la alegría de todos, quienes con vivas y aclamaciones hicieron resonar por el aire su júbilo.

Con este resultado pensaron muchos sería olvido y se quedaría el cajón en la Capilla. Mas los carreros que lo pusieron y amarraron juraban lo contrario. En fin, se dispuso que a otro día por la tarde marcharían para con más descuido conducirlo. Llegó la hora y tratando de cargar el cajón, fueron a levantarlo y no fué posible moverlo. Notado esto por los demás fueron reuniendo-

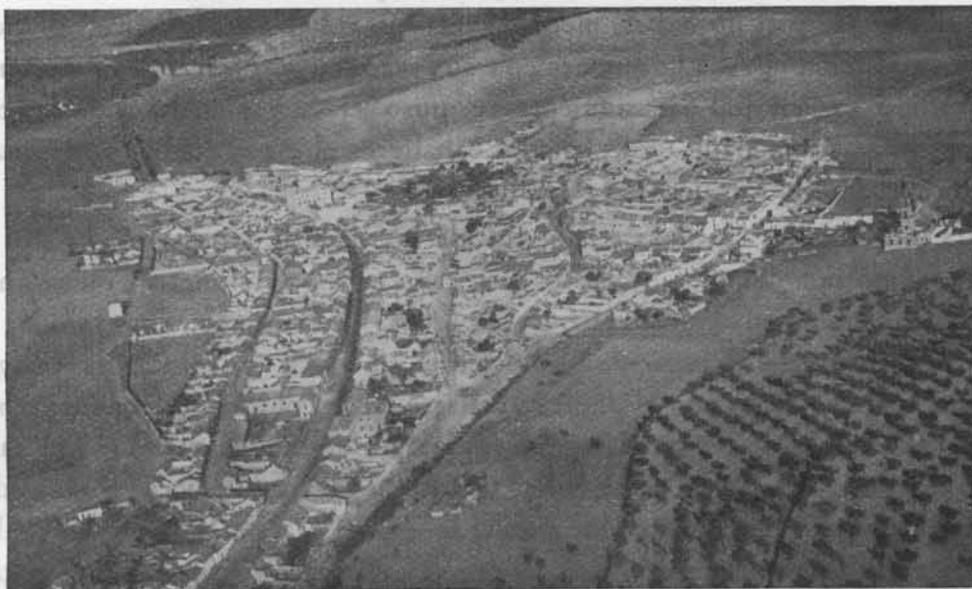
se para el efecto y no pudiendo conseguirlo, juntos todos con palancas y sogas intentaron hacerlo y no fué posible el moverlo. Viendo esto un soldado valeroso castellano y Juan Ruiz Rubio se llegaron validos de su fuerza y valor, el Ruiz se hallaba manco de un brazo de resultas de un golpe de alfange en la toma de Montoro, pero se valía de su brazo con algún trabajo y haciendo fuerza para levantar el cajón, le dió el brazo un fuerte crujido y quedó bueno y sano como si nada hubiera tenido. Más el cajón no tuvo movimiento. Asombrados todos del suceso, y el Ruiz dando brincos y saltos de alegría, viéndose bueno, exclamó: milagro, milagro.

D. Pedro Ponce y D. Tello que notaron estos prodigios y contribuyeron con sus ideas para conducir el cajón, viendo esta dificultad dieron parte de lo ocurrido al Santo Rey y al Obispo que era D. Lope Fitero y el primero de Córdoba, cuyo suceso causó asombro a todos. El Santo Rey quiso venir a adorar al Señor y le acompañaron los Obispos de Plasencia y Baeza con varios caballeros y personajes; estuvo el Rey dos días en este Cuartelejo, y en uno de ellos cantó misa el Obispo de Plasencia, y viendo el Santo Rey y los Señores Obispos que el Señor quería permanecer en él, dispuso que todos los que quisieran quedasen, ya fuesen enfermos, ya viejos, que lo hicieran para acompañar a la Iglesia y a la Bendita Imagen; para lo cual hicieran casas y habitasen en ellas, dando por libres a todos los que se quedasen, y donó en favor de la Iglesia tres mil maravedíes y a este ejemplo contribuyeron los demás señores para el mismo efecto.

El Santo Rey lleno de fervor se encomendó al Señor para proseguir la conquista de los pueblos inmediatos a Córdoba, mandando al Alcayde de Algallarín ayudase en todo a los vecinos de este Cuartelejo, y los tuviese como barrio suyo y de su jurisdicción; que los dominase en lo judicial y el cura de Santiago que tomase a su cargo estas personas como a sus feligreses; y al Abad Pedro les señaló rentas para su subsistencia y con las que diere culto al Señor. Llegó a Córdoba y desde allí dió el derecho para que todos los que habían quedado en el Cuartelejo o que en adelante fuesen a vivir, fuesen libres de todo tributo durante la vida del Santo Rey. Con esto fué aumentándose su vecindario. Los de Córdoba y Castillos de la campiña tomaron mucha devoción al Señor y era visitado de todos por sus muchos milagros, y el título que tenía de los Desamparados lo fué perdiendo porque todos decían el Cristo del Abad, otros del Abad Pedro (y últimamente creciendo su vecindario el Santo Cristo de Pedro Abad, tomando dicha población este nombre). En la entrada de Lucena uno de los sacerdotes que acompañaban al ejército quedó mal herido en un brazo, asegurándole el facultativo que de la hinchazón hacia el pecho perdía la vida, y encomendándose a este Señor, y recomendándose a el Abad Pedro, su amigo, ofreciendo a dicho

Señor, visitarlo y hacerle una vela de nueve días consecutivos si lograba la salud y decir en la Capilla su primera misa.

En efecto, puesta su confianza en el Señor se quedó dormido y llegada la hora de repetir la cura, hallaron la herida sana y la cicatriz seca y el brazo sin la menor lesión, con cuyo acontecimiento emprendió su marcha para cum-



Pedro Abad (Vista desde un aeroplano)

plir su promesa, y realizada volvió a Córdoba en el año cuarenta y cinco, en el cual murió el señor Obispo referido, por cuya muerte fué elegido D. Gutierrez Ruiz de Alba, Canónigo que fué en Burgos y había asistido en la campaña al Santo Rey, de quien era muy favorecido, por cuyo motivo tenía amistad con el Abad Pedro y era muy devoto del Santo Crucifijo.

En el año de cuarenta y siete se sublevaron algún tanto los moros de Granada, haciendo algunas salidas y causando algún daño en las tierras de los cristianos. Reconquistaron a Cabra y llegaron a Castro. Más reunidas las tropas de los castillos inmediatos los rechazaron con bastante pérdida. Con esta noticia el señor Obispo tomó empeño de trasladar la Santa Imagen a Algallarín donde con su fortaleza, murallas y soldados se hallase libre, y que se demoliere lo que hubieran fabricado en el Cuartelejo, para que no hallasen los moros refugio alguno en caso de avanzar. El Abad Pedro y los vecinos de él hicieron presente al señor Obispo las ocurrencias pasadas para que variase de parecer, más dicho señor temiendo algún insulto de los enemigos, y que peligrasen aquellos moradores, como el que su objeto solo era salvar la dicha Imagen, y por otra parte todo era una tierra y término, y sin peligro de sor-

presa, aseguraba que el Señor no lo tomaría a mal este movimiento. Se hallaba en Córdoba D. Pedro Ruiz de Olea, hermano del Ilustrísimo a quien recomendó esta empresa, y acompañando a los señores Ponces y otros Caballeros, se encaminaron a su ejecución.

Los vecinos viendo su Iglesia tan alhajada y llena de milagros se alteraron con esta resolución, y tratando de impedirle por la fuerza, tomaron armas para realizarlo, y al no haber mediado la autoridad del D. Pedro, y ascendiente que tenía el Abad, quienes con sus razones y ofertas los sosegaron. Convenido en ello, al día siguiente se puso el Señor en su cajón, y sobre una acémila acompañado de los dichos caballeros el Abad Pedro y vecindario lo condujeron a la fortaleza de Algallarín.

Es indecible las lágrimas y lamentos de los vecinos, tanto por la ida del Señor como por demoler y asolar sus casas y habitaciones. Colocaron la Santa Imagen con su cajón dentro de la Iglesia de Santiago, con la idea de disponer al otro día el lugar donde formarle el Altar y colocar la Imagen. Pasada la noche todos con el afán de hallarse en la colocación concurren a dicha Iglesia. Más todos quedaron aturdidos y asombrados viendo que tanto como el cajón y el Señor no se hallaban en él. Avisan el suceso a D. Pedro, quien no atribuyó a milagro, sino montado en cólera se figuró que el Abad y vecinos hubiesen sobornado al clavero de la Iglesia y lo hubiese entregado para después publicarlo por milagro y saliesen con la suya. Envía una posta al Cuartelejo para que indagase si estaba allí el Señor y el cajón. En efecto lo hallaron en medio de su capilla y que nadie se atrevía a tocar a dicho cajón. Con esto se enfervorizaron más los vecinos y el D. Pedro aseguró tomar providencias serias sobre este acontecimiento. Vuelve con todo su acompañamiento empeñado en realizar a fe de caballero la promesa que había hecho a su hermano el Obispo de Córdoba, y poniendo de nuevo el dicho cajón en la acémila pasaron el río y se colocó en la misma Iglesia que antes.

Mandó sacar al Señor del cajón para colocarlo mejor en el Altar. El cajón se depositó en la Sacristía y con mucha ironía decía ¡haber si lo meten ahora y lo dan otra vez para que suceda otro milagro! Cerró la Iglesia y llevándose las llaves puso un sello en cada una y aquella noche seis soldados de centinela para custodiar y vigilar sobre cualquier acontecimiento; el don Pedro y otros caballeros estuvieron de ronda hasta la cuarta vigilia de la noche en la que con todas estas precauciones se retiró a su habitación. Llegada la mañana vino con las llaves y señores, reconocieron los centinelas y sellos y todo se hallaba sin la menor alteración. Abre las puertas, entraron en la Iglesia, se dirigieron hacia el Altar y se hallaron sin el Señor, van a la Sacristía y el cajón tampoco estaba allí. Asombrados todos y llorando vieron las maravillas

del Señor y sin perder momento montaron a caballo y se dirigieron con precipitación al Cuartelejo, y entrando en la Iglesia hallaron en medio de ella el cajón, y don Pedro convencido y llorando su temeridad, pidió perdón al Señor de su atentado, y sin perder tiempo dió parte de lo ocurrido a su



Plaza de la Iglesia, vista de frente.

hermano el Obispo, a quien sorprendieron estos prodigios, por cuya causa dispuso viniese una comisión en forma y que la estampase para perpétua memoria. Todo lo cual así se hizo, y evacuado que fué, se depositó original en el archivo de dicho Señor.

La alegría y placer de dichos vecinos fué tambien extremada que a voces vivas llenaban el aire, tocaban tambores e hicieron iluminaciones alabando al Señor. El Obispo luego que pudo vino, a ejecutar lo mismo, se informó de nuevo y conociendo esta voluntad del Santísimo Cristo de permanecer y quedarse entre aquellos vecinos, amplió la renta al Abad para el culto del Señor,

dió una limosna grande para ampliar la Iglesia que era pequeña, extendiéndose este milagro en todas las Andalucías. Los Caballeros de Córdoba en particular los Ponces Cabrera, como parientes del Abad y devotos del Señor se señalaron particularmente. Ocurrió este milagro en el mes de Septiembre

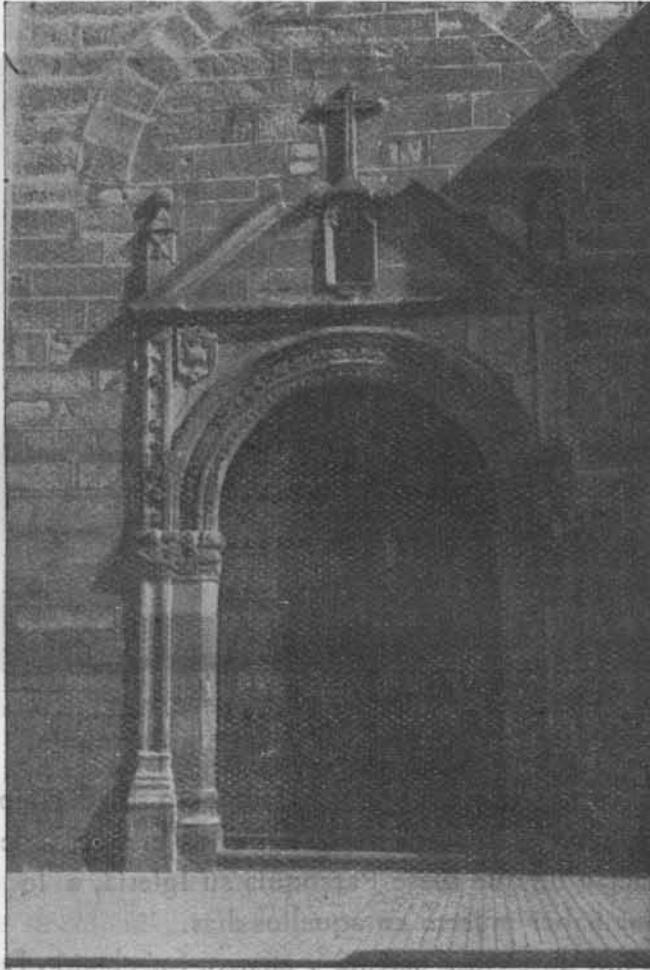


Fachada de la Iglesia Parroquial.

cerca de la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz. Como se reunieron al efecto el señor Obispo y los principales Caballeros de Córdoba, mandó aquel celebrar una fiesta solemne en la que celebró dicho Señor, siendo un día del mayor placer y regocijo. y concurrieron los vecinos de Algallarín, Carpio y demás pueblos, que todos a una voz engrandecían al Señor.

Mandó el señor Obispo de consejo con el señor Alcayde de Algallarín que todos los años en adelante se celebrare aniversario en el mismo día de la exaltación en memoria de este milagro para que se perpetuare y todos tuvieran presente este beneficio y se ejecutase con los mismos extremos de alegría y

devoción que acababan de ver. La Comisión dió fe de todo y con lo demás concerniente se condujo a Córdoba para depositarlo en el archivo de dicho señor Obispo. Continuó haciéndose la misma solemnidad, concurriendo a ella los pueblos de la comarca; con esta ocurrencias quedó el señor Obispo



Portada de la Iglesia Parroquial.

muy devoto del Santo Cristo, permitió Sagrario en su Iglesia y el Santo Oleo para aquellos vecinos que se hallaren en peligro de la muerte. Los hijos de estos se bautizaban en la parroquia de Santiago de Algallarín y los que morían, por no conducirse sus cadáveres a otra Iglesia, por el peligro del río, venían el señor Cura y el sacristán a hacer los oficios y sepelios en esta Ermita. Mediaron algunas súplicas para que se hiciera Parroquia, a lo que no acudió el Obispo por su cortedad de vecindario, carecer de asignaciones para los operarios y hallarse tan cerca a la de Algallarín.

Le concedió, sí, muchos privilegios y al Abad Pedro para la obra de la

Iglesia muchas limosnas. Lució un ornamento completo para celebrar y durante su vida el Abad Pedro consiguió para su Iglesia cuanto pedía. Murió este señor Obispo en el año mil doscientos cincuenta, sintiéndolo mucho esta población por los muchos beneficios que había logrado de dicho señor, y elegido don Fernando de Mesa, quien estableció la Hermandad con los



Detalle de la portada de la Iglesia Parroquial

religiosos de San Francisco y con un repartimiento de diezmos que dispuso erigió varias Iglesias. A dicho señor refirieron los milagros de este Señor y los deseos que hacían de que fuese Parroquia su Iglesia, a lo que accedió y no tuvo efecto por haber muerto en aquellos días.

En el año de mil doscientos setenta y cuatro, fué elegido D. Pascual, canónigo de Córdoba, varón muy venerable quien acompañó a D. Gil en el suceso de no querer esta Imagen estar en Algallarín, por lo cual le tuvo mucha devoción. En su tiempo padeció Córdoba una grande epidemia procedente de Algeciras, por cuya causa mandó el Santo Prelado hacer muchas rogativas y procesiones para la salud de ésta y acordándose de los milagros de la Santa Imagen del Abad Pedro, envió dos prebendados y varios sacerdotes para que celebraran fiestas de rogativas por dicha necesidad pública. Esto fué en el año mil doscientos setenta y ocho. Así se verificó y para mayor culto sacaron la dicha Imagen en procesión cantando las Letanías y Salmos convenientes, en cuyo día cesó y cortó esta epidemia. Llegado a tal este fervor que a pesar de haber concurrido a dichas fiestas algunos de Córdoba infestados, no se pro-

pagó a esta población, sino que quedaron sanos de su accidente, todo lo cual se entendió así en dicha ciudad por todos. Por lo que el dicho señor Obispo dispuso hacer una fiesta solemne en señal de su agradecimiento.

Al año siguiente de setenta y nueve fueron las lluvias muy copiosas, el río creció demasiado no pudiéndose pasar a la Iglesia de Santiago a bautizar



Vista general de la Ermita del Santo Cristo, como estaba antes de las obras que se le están haciendo actualmente.

los infantes ni venir de allí los Ministros para enterrar los que fallecían, sepul-tándose estos sin oficios y conduciendo los niños a bautizar a la población de Morente. Todas estas cosas se hicieron presentes al señor Obispo para que como tan afecto al Señor, se hiciera Parroquia su Iglesia, siendo así que esta población del Cuartelejo, contaba ya más vecindario que Algallarín, por cuanto llevados todos de la devoción a este Señor, tanto de ella como de los Castillos inmediatos, muchos se habían establecido. Convencido de la verdad de estas ocurrencias y de las muchas súplicas, en el año de mil doscientos ochenta y dos, dió su licencia y decreto para que la Parroquial de Santiago se trasladase a la Iglesia del Cuartelejo, que ya nadie decía sino el Cristo (del Cuartelejo) del Abad Pedro.

Trasladada la Parroquia con todos sus Ministros y ornamentos, quedó aquella Iglesia en clase de Ermita y el señor Obispo quiso se demoliera; más sus habitantes lo impidieron para poder oír misa y dar culto a Dios N. S., a

lo que accedió mientras permaneciese el Castillo y Población; y supuesto que la aldea de Pedro Abad lo tenía por su término y jurisdicción, se obligó esta a sostener en pie y cuidar de su obra y hacer la fiesta al Apóstol Santiago, día primero de Mayo, en memoria de su conquista, con cuya obligación per-



Fachada de la casa que fué de D.^a Dolores Aguayo, Viuda de Porras, actualmente Convento de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. En esta casa nació la fundadora de las Esclavas, Beata Rafaela del Sagrado Corazón, en el siglo Rafaela Porras Ayllón, cuando era propiedad del padre de esta última, en el año 1850.

manece esta Ermita y la Justicia y Parroquia en cumplirla amablemente con gran concurso de estas poblaciones. Así se ejecutó muchos años hasta que el año de mil doscientos noventa y uno, víspera de Santiago el Mayor, estando segando varios hombres y otros conduciendo la mies en carreta, sin saber de que modo empezaron a arder los haces; concurrieron todos a contener el fuego y en medio de este conflicto a llamar e invocar a Santiago, en cuyo caso vieron a un venerable hombre que con una espada en la mano apagó el dicho fuego sin padecer lesión alguna y sin haberse quemado sino un poco de paja. Esto lo depusieron con juramento y con el mismo ofrecieron voto a Santiago de festejarlo y holgarle todos los años.

Dieron parte de lo ocurrido al señor Cura y éste al señor Obispo, el que informándose seriamente del milagro mandó se hiciera el veinticinco de Julio dicha fiesta y solemnidad, porque unos decían ser Santiago el menor como Patrono y otros que el Mayor por ser a otro día y traer la espada en la mano,

y así verificándose no se faltaba a lo prometido y por lo tanto se conserva constantemente esta memoria, y se celebra a ambos Apóstoles en los días de su festividad. Hízose así el primer año y al siguiente rehusó ejecutarlo el señor Cura por la estación del mucho calor y propuso se trasladase esta fiesta a un Domingo del mes de Septiembre. Los labradores para obviar esta dificultad prometieron traer a su costa a Santiago y colocarlo en esta Parroquial para que allí se celebrase. Se aceptó por todos este parecer y desde entonces así se practica.

En el año de mil doscientos noventa y día 7 de Septiembre, murió el amado y querido de todos, el Abad Pedro Meneses, de noventa y seis años y fué muy seatido, particularmente por su vecindario y por todos sus parientes y señores de Córdoba. El señor Obispo dispuso hacerle honras en la Catedral. Murió en opinión de Santo. Su caridad para con los pobres y soldados era exagerada. Su casa era el paradero de todas las gentes. Era padre de todos y todos así le llamaban. Para socorrer las necesidades salía a los pueblos inmediatos a pedir limosna y a todos consolaba en sus aflicciones. En fin, Pedro Abad debe a este santo varón su fundación y conservar en su seno una imagen tan milagrosa y de tanto consuelo. Se mandó enterrar al pie del altar del Señor, que era el Mayor. Se hallaron en su entierro veintidos sacerdotes, unos de Córdoba que habían concurrido a la tierra del Señor y otros de los lugares inmediatos y cinco religiosos de San Francisco del Monte, quienes venían con frecuencia a esta población a confesar y predicar el Santo Evangelio. Todo lo cual pareció como milagro. Se halló un amigo, también, del Abad Pedro, que con objeto de predicar aquel año en la fiesta del Santísimo Cristo había venido el primer día del mes, a quien le dijo en su primera visita: mi santo Crucifijo te bendiga, pues te ha traído con tiempo para su sermón para que me des los Sacramentos y te hálles en mi muerte. Se afligió este amigo por el mucho amor que le profesaba, hizo acto de expresiones por hallarlo bueno. El día cuatro amaneció sin poderse levantar, se fué postrando y cayendo, dando los mejores consejos a cuantos le visitaban. Al señor Cura y Sacristán encargó con las veras de su corazón el cuidado y culto de su Santa Imagen, asegurándole que en la presencia del Señor pediría por los vecinos que eran y fueren en adelante de su lugar, que siempre había pedido al Señor lo conservara hasta el fin del mundo para que no faltare en él su culto, que descuidasen que los moros nunca vendrían a su lugar, que el Señor sería nombrado en toda la Andalucía por sus milagros, que su Iglesia se ampliaría y que moría con el dolor de verla pequeña, que el humilladero de San Sebastián que a devoción de los vecinos se hizo en el año de setenta y ocho, por la peste, junto a la Iglesia, que lo conservaran y tuviesen devoción al Santo bendito por ser abogado de la peste.

Que el Santo Crucifijo no lo movieran de su lugar ni lo sacasen en procesión sino en grande necesidad y apuro y con la asistencia del Clero que hubiera y los Alcaldes y supuesto que tenía Hermandad con la comunidad de San Francisco del Monte se le avisare y que ésta sacara en sus hombros al Señor como se había hecho el año de la epidemia. Con estas advertencias se fué agravando y todos inconsolables, al día siguiente recibió los Santos Sacramentos y Extremaunción y el día siete a la una del día expiró en los brazos de su amigo, quedando su cuerpo tan hermoso que no parecía estar muerto. Estuvo tres días sin darle sepultura por el concurso de gente. Cuando se hizo el entierro por estar su casa junto a la Iglesia y no haber cabido la gente, se sacó y llevó su cadáver dando vueltas por la población y se trajo a la Iglesia. Su amigo hizo los Oficios y cantó la Misa como se lo había suplicado. Quedó enterrado junto al Altar y él mismo es quien dió a la posteridad estos conocimientos, pues tanto por su amigo como por el Señor quiso estampar estos sucesos y según dice en su escrito lo dice como testigo de vista que fue y como dice San Juan: *ex qui vidit textimonium per hibuir er verum este textimonium epes* (esto debe estar muy mal copiado: nota mía). Lo cierto que el Señor permite que su nombre sea eterno aumentándose cada día más la población y reinando su nombre del mismo Varón. Así pagó este Señor sus afanes y celo, resonando su nombre en todos los pueblos y piadosamente hallarse en la Gloria suma, donde rogará a Dios por todos los de su pueblo como ofreció. Su muerte causó mucho sentimiento también al Obispo y señores de Córdoba.

Uno de los más poderosos caballeros fabricó una casa muy capaz y a la vista del Santuario, en un collado frente a él con el objeto de pasar lo más del tiempo a vista del Señor y que sirviese de hospedaje para el señor Obispo y demás señores de Córdoba. Con cuyo motivo se le dió el nombre de Palacio. Por orden superior se mandó tomase esta población su antigüedad desde el año que pusieron las tiendas de campaña y el Señor, que fué en el de mil doscientos treinta y cinco y que se nombrase Villa Como el Santo Rey hizo los repartimientos de tierras a los Conquistadores de Córdoba, y a los señores que les tocó el lugar y fortalezas de El Carpio, querían ser igualmente señores de este territorio. Los Alcaydes de Algallarín lo defendieron; por el Rey y el Corregidor de Córdoba, se les señalaron términos, se le dió a Pedro Abad el término de Algallarín que llega hasta la villa de Obejo, que era la más inmediata. No había todavía la población de Adamuz y así no se conoce por aquel tiempo más lugar que Obejo para Algallarín y por el otro lado El Carpio. Por entonces hizo Pedro Abad una barca para pasar el río. Algallarín fué despoblándose poco a poco, viniéndose sus habitantes a Pedro Abad. La iglesia de Santiago siempre en pie porque así fué la contrata con el Obispo, y el Patronato de Santiago de Algallarín se pasó a Pedro Abad por ser los mis-

mos vecinos y el Señor quedó por principal patrono y las dos fiestas de Santiago siguen y seguirán según el voto.

Así empezó el lugar de Pedro Abad a ejercer sus oficios y los Alcaldes a reconocer sus términos, aumentándose la población con la devoción del Santísimo Cristo. En el año de noventa y tres murió el señor Obispo; se sintió mucho en esta población, por los muchos beneficios que hacía, y lo amante que era del Santo Cristo. En el año de noventa y cuatro fué elegido el señor D. Gil, criado que fué del Rey D. Alonso y murió en el de noventa y ocho, no haciendo cosa particular por su muchos achaques. Al siguiente año fué elegido el señor D. Fernando Gutiérrez de los Ríos, Arcediano y Maestro de escuela de Córdoba. Era caballero su padre D. Juan Gutiérrez de los Ríos y su madre D.^a Leonor López de Haro, de casa ilustre y antiguos. En la elección hubo discordias con los votos, de modo que renunció en manos del Papa que fué Bonifacio octavo, el cual lo volvió a elegir en Junio de mil trescientos. Empezó su visita por El Carpio y en seguida a Pedro Abad, donde había estado en algunas ocasiones por ser devoto del Señor y los dueños de la casa llamada Palacio y los de El Carpio ser sus parientes. Con este motivo dando trazas de ampliar la Iglesia y de su obra, su pariente el señor de El Carpio le suplicó que si gustaba de darle los diezmos de El Carpio, Pedro Abad y Morrente que se hacían Patronos de sus Iglesias, pondría Curas, Sacristanes y demás operarios y cuidarían de sus obras y ampliación. El Obispo no lo tomó a mal, más el señor Provisor que a la sazón se hallaba en ésta por haber venido a un negocio grave del Cabildo, entendió esta pretensión y se opuso a ella diciendo: que nó, por cuanto los diezmos podrían ser en adelante más copiosos y hacérsele grave perjuicio a la Mitra y Cabildo y que aquella iglesia del Santísimo Cristo era libre por haberse hecho con las limosnas de los fieles; que con el tiempo podría ser causa de desazones y pleitos y que esto de dar a los seglares las obenciones y acción de las iglesias no era justo, y que si unos eran devotos y afectos a ellas, podrían hallarse muchos que todo lo quisieran para sí y las iglesias y el culto de Dios lo padecieran, como sucedía ya en algunas iglesias de Toledo que se hallaban perdidas, siendo ricas, por la malversación de sus patronos; cuya razones convencieron al Obispo y nada se adelantó, ofreciendo en el acto que en unión con el Cabildo se procedería a establecer otra iglesia para Parroquia y dejar la del Santo Cristo libre en la devoción de los fieles. En efecto, en el mismo año de trescientos, por el mes de Octubre se eligió un sitio acomodado inmediato al Santo Cristo y frente donde se hallaba lo más del vecindario y se dió principio a la fábrica de la iglesia en tres naves y en dos años se dió concluída por el empeño que tanto el señor Obispo como el señor Provisor manifestaron, quedando sujeta a la Mitra como las demás.

Se le hizo un retablo al altar mayor, dorado y de buena pintura, colocando en él en varios cuadros los misterios de Jesucristo, como Nacimiento, Adoración de los Santos Reyes y otros; y finalmente se dedicó a la Asunción de María Santísima, por ser muy devoto de este Misterio el señor Obispo, y que fuese en igualdad con la Catedral de Córdoba

Se formó un campanario con dos campanas, puso un Cura, Rector y Vicario, dándole descanso al que había por ser anciano, un sacristán, sorchante, dos acólitos, organista y demás oficiales por vía de interín se aumentase más la población, en cuyo caso se proveerían más Ministros. Mandó también que no se aboliese el Patronato de Santiago y que su iglesia de modo alguno se trasladase de allí por cuanto el Castillo y fortaleza se hallaban casi destruídos. Por la Justicia se renovó la Ermita con los fondos de Propios; y para que siempre permaneciera se estableció una Hermandad de los más pudientes para las festividades del Santo y a la misma Justicia que costease la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz en obsequio del Señor como principal Patrono. De este modo se halló esta población con dos iglesias; se trasladó la Pila Bautismal, Sagrario y demás concerniente a la Parroquia, viniendo el señor Obispo con varios Canónigos y señores para bendecir la nueva iglesia, cuya ceremonia se hizo día de la Presentación de María Santísima, veinticinco de Noviembre de mil trescientos tres, siendo para todos del mayor júbilo y placer.

Dispuso el nuevo Cura por sí y sus sucesores no llevar derecho por la festividad del Señor, convino en ello el señor Obispo y le pareció mas conveniente que al menos percibiera el estipendio de la Misa, cuya obligación sería del Ayuntamiento por razón del Patronato, por cuya causa fuese las vísperas y solemnidad de la Parroquia y la Misa por la Justicia, quedando todas las limosnas a beneficio del Santuario. De las cuales había de entender el Vicario a cuyo cargo quedó el cuidado y progreso del Santuario, en el que dispusiera poner dos o más hombres que le pudiesen sostener con licencia, uno para el aseo y cuidado de la iglesia y los demás para las limosnas y así en Pedro Abad como en los pueblos comarcanos, dándose al efecto la licencia amplia para que no decayere la devoción y culto del Señor por la creación de la nueva Parroquia.

Mandó también que él quiere enterrarse en dicha iglesia no aumentase la Parroquia por esto sus derechos, por ser y guardar Hermandad ambas iglesias. (Sin perjuicio de que el que lo hiciere así hubiese de dar una limosna decente a su gusto para las obras y culto del Señor), pudiéndose enterrar los curas, clérigos y toda clase de personas y siendo de su cuidado solar las sepulturas; hallándose aquí el señor Obispo vino el Corregidor de Córdoba con toda su



Capilla y altar que las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús han levantado en su convento, precisamente en la habitación donde nació su fundadora, la beata Rafaela del S. C., en el siglo D.^a Rafaela Porras y Ayllón



Curiosa fotografía del Santo Cristo tradicional del Pueblo; fué destruída la imagen por los revolucionarios en 1936



El Santo Cristo en la procesión del día 31 de Mayo, para trasladarlo desde su Ermita a la Parroquia.

Esta imagen es la que reemplazó a la que destruyeron los revolucionarios en 1936. Es debida al escultor Jacinto Higuera.



Presa de la Compañía Sevillana de Electricidad, vista aguas abajo

familia a cumplir una promesa al Señor por una hija suya de catorce años que hallándose casi ciega y paralítica la encomendó al Señor y sanó de ambas enfermedades, trajo un Caliz, todo de plata para su culto y una fiesta muy solemne. En esta ocasión se erigieron nuevos Alcaldes, se concedió a su Ayun-



Nueva y actual iglesia del Convento de las Esclavas, adosada a la casa natal de la Beata Rafaela, fundadora de la Orden.

tamiento un escribano, se hicieron Casas Capitulares y dichos señores Obispo y Corregidor tomaron tan a su cargo la felicidad y nombre de esta población que representando al Rey, le alcanzaron el título de Villa, cuya gracia se recibió día trece de Diciembre, que era de Santa Lucía, haciéndolo público y nombrándola por Villa de Pedro Abad. Se formaron libros nuevos y archivos para lo Judicial, donde se custodiasen los papeles y derechos de ella, y lo mismo en la Iglesia Parroquial para los libros Sacramentales y todo con el mayor esmero y perfección, quedando en uno y otro archivo copias de todo lo dicho

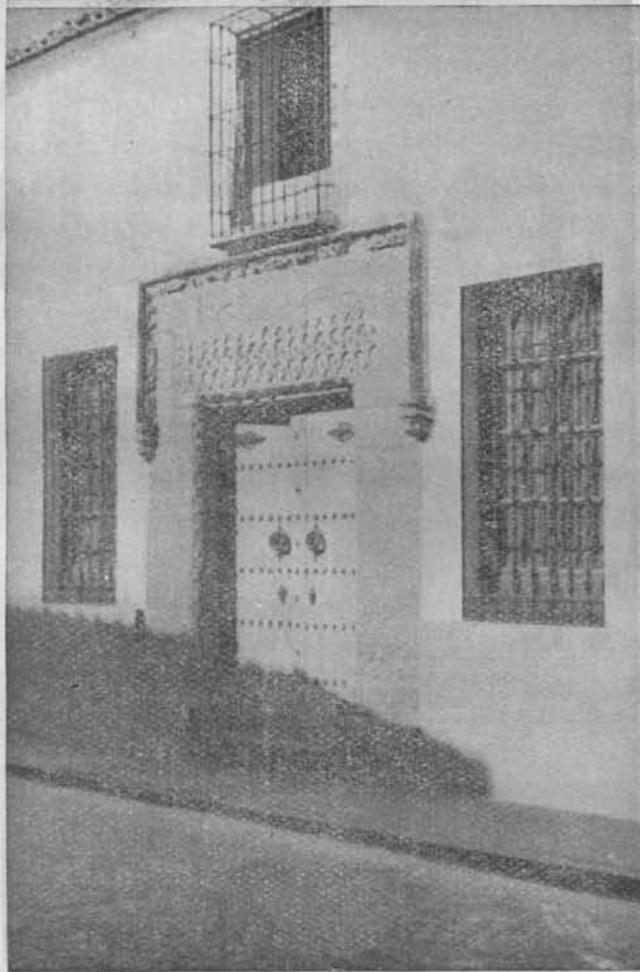
y el original se llevó al archivo del señor Obispo. A este señor y Corregidor debió en gran parte esta Villa su felicidad y todo en honra y gloria del Señor; como estuvo tanto tiempo en ella dispuso entre otras cosas con el fin de ampliar la Iglesia del Santo Cristo, que el humilladero de San Sebastián que se hallaba inmediato a ella, se hundiera y comprendiese este terreno en ella, pues así el Santo podría tener más culto, y darle por este medio más anchura. Por lo cual se formaron tres naves y quedó muy capaz.

En esta ocasión se reprodujo el término que tenía esta Villa, haciendo de nuevo su señalamiento hasta la de Obejo por la parte de la sierra, por ser este el que tenía Algallarín y todo finalizado marcharon dichos señores para Córdoba en las vísperas de la Pascua, quedando todos los habitantes con mucho sentimiento por la separación de sus bienhechores. Los señores del Palacio dieron varias cantidades para la obra de la Parroquia y otros varios que fundaron casas para establecerse por temporadas hicieron capillas para su enterramiento y de este modo se fué ennobleciendo esta Villa.

El Prebendado Domingo Pascual era el amigo del Abad Pedro, murió el treinta de Diciembre de mil trescientos tres, fué enterrado en la Catedral de Córdoba, según consta de su lápida y éste fué el que dió todas estas noticias a la posteridad. Siguió publicando los prodigios de este Señor un Padre Agustino de Córdoba, agradecido de haberle librado el Señor y sanado completamente una pierna que se le quebró bajando una escalera en el año de mil cuatrocientos cuarenta y dos. Siendo Obispo de Córdoba D. Sancho de Rojas, acometió a esta Ciudad una fuerte epidemia y acordándose de este Señor y de los beneficios que había concedido a sus antecesores, envió Sacerdotes y limosnas y sacando al Señor en procesión para la Iglesia Parroquial, donde estuvo nueve días con rogativas y misas solemnes y el último día predicó el señor Dean, quien había venido huyendo del contagio, el que cesó durante este novenario, por cuya causa mandó otro señor hacer fiestas en acción de gracias y que volviese el Señor a su iglesia.

En el año de mil trescientos veintiocho los moros talaron los campos de Córdoba, sitiaron a Castro, tomaron a Cabra segunda vez, acometieron a Lucena y empezaron a hacer correrías por estas inmediaciones. Causó gran conflicto a los habitantes de ésta, más confiados en el Señor tuvieron tanto valor que todos y de todo sexo y edad se apercebieron y pusieron en defensa, y el Señor fué servido contenerlos y que no pasaron de Castro, por lo que se hicieron fiestas de agradecimiento. Era Obispo de Córdoba D. Gutierre Ruiz de Mesa. En el año de mil cuatrocientos ochenta y uno hubo peste en todo lo más del Obispado, más no se experimentó en Pedro Abad a pesar de haber llegado unos arrieros con ella, de la que murieron, sin propagarse a los veci-

nos. Se hicieron fiestas de rogativa al Señor y nadie más murió. Era Obispo de Córdoba D. Fray Alonso de Burgos, Religioso Dominicano. Siendo Obispo de Córdoba D. Fray Martín de Córdoba y Mendoza, año 1579, se experimentó una seca muy graede de la que resultó una necesidad extrema en toda



Portada en la calle Ancha,
 hoy propiedad de los señores Rojas Muñoz.

la provincia, por cuya causa se hicieron muchas rogativas y procesiones en ella y mandó su limosna para que se sacase al Santísimo Cristo en procesión, la cual fué de las más grandes que se han hecho; concurren a ella las más de las familias de todos los lugares inmediatos, por lo cual se sirvió el Señor enviar lluvias tan abundantes y copiosas que resucitaron los campos, se logró una gran cosecha de todo grano.

En el año de 1583, siendo Obispo de Córdoba D. Antonio de Pazos y Figueroa, natural de Galicia, Colegial Mayor de San Clemente de Bolonia,

Canónigo de Tuy y Santiago, e inquisidor de Sicilia, se experimentó la epidemia en varios lugares de este obispado, por lo que dispuso se hiciesen rogativas en toda la provincia y se sacasen en procesión las imágenes de su mayor devoción; supo los milagros y los favores que este Señor había dispen-



Casa en la Plaza del Comandante Porras, hoy propiedad de D.^a María Reyes, viuda de Prieto.

sado a sus predecesores, y sabiendo era procedente de Galicia, hizo viaje a visitar al Señor, haciéndole tal súplica a Su Majestad, que todos se deshicieron en lágrimas y lamentos, por hallarse ya el contagio a Bujalance. Se propagó a Montoro, Cañete, Belmonte, Morente y aun esta población murieron algunos, por cuya causa se sacó al Señor en procesión, se condujo a la parroquia haciéndole por nueve días rogativas, haciendo igualmente sus vecinos el voto de no comer carne ni pescado en ellos, sino semillas o yerbas y ayunar todo el pueblo tres días, por cuyo medio se alcanzó del Señor conservara a

su pueblo y no cayera alguno otro malo, habiendo quedado los pueblos referidos asolados de esta enfermedad.

Publicóse la Sanidad, día 4 de Octubre, se le dió parte al Ilustrísimo de lo ocurrido y practicado en esta, y al poco tiempo vino su Ilustrísima a visitar al Señor y a descansar de las tareas Pastorales que había sufrido en la epidemia de Córdoba, permaneciendo dos meses visitando al Señor todos los días y diciendo Misa en su altar, por lo cual aprobó por aquel año los votos y promesas que se habían ofrecido al Señor en aquella tribulación y renovó la villa su obligación de pagar la fiesta en el mes de septiembre, cuyo voto se iba entibiando; y el Vicario la había hecho ya dos años de limosna por no haberla pagado la villa. Se trató que en lo sucesivo de los propios se pagare como patrón principal, pues que a Santiago su cofradía la hacían sus hermanos.

La Torre de las Vírgenes o Castro Viejo fué en la antigüedad una población en la que padecieron el martirio en tiempo de Dión, Gobernador de Córdoba, las santas Nunila y Alodia, que eran naturales de la ciudad de Oca, en el sitio que hoy se dice Monte de Horquera, a las dos leguas desde Biana, hoy Baena; dos de Castro Julia, hoy Castro del Río; cuatro de Ategua, hoy está raducida a unos cortijos y se llaman Theba, donda se ven muchas ruinas. La ciudad de Oca se hallaba en el Monte de Orquera y en el sitio que hoy se dice la Torre del Puerto. A Villafranca se le decía antiguamente Cecilia, y a Adamuz Boxia, según Tolomeo; y a Pedro Abad Lasili Martialismo; a Montoro Ciudad de Epora o Colonia Betis; Bursaboli a Bujalance; Ayhorgis Morrente; Calpurnium Cañete de las Torres; Barriana a Belmonte.

La Virgen de Villaviciosa trae su origen de Portugal, sin saber por qué acontecimiento vino a este pueblo desde su fundación; en las urgencias y necesidades de Córdoba traían la Señora: la primera vez que vino fué en el año 1529. Siendo Obispo de ella D. Juan de Toledo, de Orden Dominico, por falta de agua y últimamente se fabricó una Capilla en la Catedral para esta Señora y que permaneciera en ella, en tiempo del señor D. Fray Pedro Salazar.

Nota a los milagros del Santo Cristo

En el archivo de los señores D. Nicolás y D. Antonio Herrera, vecinos de El Carpio, se halló un cuaderno en el que daba fe el Escribano y decía: «Que D. Diego López de Haro hallándose inmediato a Adamuz en una espesura cazando día tres de Mayo de 1543, le acometió un animal muy feroz semejante a un jabalí y viéndose en tal aflicción invocó en su ayuda y amparo al Santísimo Cristo de quien era muy devoto, se arrojó a él y con el cuchillo que traía le dió un golpe y lo mató, sin haber experimentado lesión alguna; su susto y tribulación fué extremada y atribuyendo su felicidad solo al favor de este Señor. Vino a pie con su familia a dar gracias a este Señor, hubo nueve días de fiesta consecutivos y sin intermisión, guardando una vela rigu-

rosa en todos nueve; el escribano que dió fe era Vicente Guerra y para perpetuar la memoria de este suceso mandó labrar y poner una Cruz de piedra en el sitio que hoy es olivar de los señores Lora, de Bujalance; en ella se puso este milagro y sucesivamente fueron poniendo otros muchos, todo lo que con el tiempo se ha ido consumiendo.

En el año de 1620 vino por el mes de Junio una familia de Baena, trayendo con mucho trabajo una moza de 18 años rígida, sorda y paralítica, con objeto de celebrar una misa en obsequio del Santísimo Cristo por su salud; trajeron dos cirios y le ofrecieron pesarla a trigo si el Señor los consolaba; la cantó la Misa D. Bartolomé Contreras Mérida, Vicario y Cura y la ofició el Sacristán Domingo de Blanca, en cuya casa estaban posando, y al tiempo de alzar queriendo hacer la enferma reverencia al Santísimo sintió dilatarse y extenderse sus piernas y hallarse ágil para levantarse; más disimulando esto por no inquietar y alterar la devoción de la mucha gente que allí había concurrido a la fiesta, se contuvo hasta concluirse y levantándose por sí misma y dando voces de alegría por su total alivio, corrió a besar al Santísimo, se llamaba Marina Moreno Conejo; con otros muchos milagros se fijaron en dicho libro dispuesto por D. Diego López de Haro y siguieron sus hijos, haciendo lo mismo en los ocurridos hasta el año de 1652, por la devoción y afecto que profesaban a dicho Señor y el que conservaban con aprecio y estimación.

Se trasladó en el mes de Agosto de 1825, siendo Vicario y Cura párroco de esta Villa D. Pedro Antonio Osuna y Cabrera, natural de Montoro. Pedro Antonio Osuna y Cabrera (rubricado). Nota.—El señor D. Mariano Fernández de Meso, natural de Córdoba y vecino de esta villa, casado con la señora D.^a Rosalía Alcántara Román, tiene promesa de costear por toda su vida el alumbrado de una lámpara que incesantemente debe arder ante la imagen del Santísimo Cristo, lo que anoto para que conste en lo sucesivo. Rubricado.

El día 22 de abril de 1836 se sacó la imagen del Santísimo Cristo para celebrar las rogativas y procesión de Penitencia por el agua y cólera morbo; en cuyo día por la tarde se verificó esta dicha procesión y en ella y en la calle de las Moyas hizo el Señor un milagro con Catalina de Sosa, viuda, de esta vecindad; se hallaba sin vista y sin acción para moverse, recobrando uno y otro de modo que asistió después a dicha procesión por su pie; desde el 21 empezó a llover y continuó el temporal nublado y de humedad general hasta el día 2 de mayo. Vino a predicar el R. P. José Coín, Capuchino, sacerdote de la Sagrada Teología de Córdoba. Desde este día hasta el 27 en la tarde, que estuvo la Imagen en la iglesia parroquial, hubo todos los días fiestas solemnes con Santísimo por varios gremios y devotos, siendo la del Clero costeadada por el que suscribe solamente el 25; y los niños de la escuela satisficieron el sermón, con lo que habían postulado para este objeto, lloviendo aquella tarde tres horas seguidas en la mayor abundancia; todo lo cual lo anoto para que en todo tiempo conste.—Pedro Antonio de Osuna y Cabrera (rubricado).

Copiado por *Eduardo Tello*,
Médico de Pedro Abad, en 1954.